

EL ATRACO

Un cuento, por Manuel Iribarren

La literatura periodística era todo el alimento intelectual de Baldomero. Lector asiduo y fervoroso de la Prensa, venía dedicando, últimamente, especial atención a la serie de audaces atracos que se perpetraban, un día sí y otro también y cuyos sangrientos epílogos quitaban el sueño. Por esta causa el salir después de cenar constituía para él un grave contratiempo. Cierto que Baldomero era un hombre impresionable, y cierto también que nunca soñó con emular a ningún héroe. Vivía en un barrio apartado del centro, casi en la periferia de la ciudad, entre solares delimitados por vallas semiderruidas. Tres faroles de gas, mortecinos y tristes, alumbraban un solitario trayecto de unos trescientos metros que a él se le antojaban tres mil.

Ocurrió en tiempos de la República.

La cita intempestiva de un amigo entrañable, con el que hacía mucho tiempo que no se veía, le sacó aquella noche de su ritmo habitual. Malhumorado, requirió el abrigo. Cierta inquietud muy parecida al miedo hormigueaba bajo la epidermis. Precisamente acababa de leer, en uno de los diarios de la noche, la espeluznante descripción del último atraco, perpetrado en un establecimiento industrial de la barriada. El arrojo y el cinismo criminal de los pistoleros sobrecojían el ánimo. Tres pobres víctimas, tres seres inocentes, fueron a engrosar la ya crecida lista negra de los sacrificados por el bandolerismo de las grandes urbes.



Baldomero descendió la escalera, silbando distraído. Apparentemente distraído. Apenas cerró el portal tras de sí, el frígido aliento de la noche ciñó sus sienes con un escalofrío nada tranquilizador. La calle apareció a sus ojos solitaria y negra como un túnel. Parpadeaban las estrellas más altas que de costumbre. Descubrió al sereno, apoyado en el quicio de un garaje, leyendo el periódico con su vientre iluminado como una luciérnaga urbana. El farol de la esquina hacía guiños burlescos.

Así que salvó la zona peligrosa, a medida que se acercaba a la estación del «metro», Baldomero

fue recobrándose a sí mismo. Sin querer reconocerlo de un modo palmario, había pasado miedo, un miedo horrible.

Ya en el café, después de las efusiones de rigor, se expansionó con su amigo, permitiéndose, incluso, alguna baladronada inofensiva. Pero, aunque relegada, de momento, a segundo término, en su mente permanecía fija, inquietante, la idea del atraco. Idea que aumentó de volumen, en alarmantes proporciones, cuando nuevamente se encontró en el último «metro» de regreso a casa, acompañado de media docena de trasnochadores.

Eran las dos menos diez minutos y se había movido un viento áspero que mordía la piel.

Al doblar la esquina y meterse en la zona despoblada de la calle en que vivía, Baldomero tropezó con un hombre mal encarado. Este lo detuvo con el ademán. Ronca la voz, le pidió fuego. Nuestro hombre se estremeció de los pies a la cabeza. Sin fuerzas para responder, obedeció maquinalmente. No se había repuesto todavía del susto, cuando, suspensa la actitud, emprendió rápida marcha, como si, al alejarse de aquél desconocido, se alejara de algún peligro inminente y real.

En esto, un súbito temor le asaltó, invitándole a palpase los bolsillos. Desconcertado, advirtió, entonces, que le faltaba la cartera. Y aquí Baldomero sufrió una transformación de asombro. Toda su timidez, toda su cortedad de carácter, se desvanecieron como por ensalmo. Con arrebatada violencia despertó en él, de pronto, la conciencia ciudadana. Decidido y veloz, volvió sobre sus pasos. Apenas si tardó minuto y medio en dar alcance al ladrón.

—¡La cartera, venga la cartera!
—le conminó, terrible, sujetándole por las solapas.

El hombre mal encarado no se resistió. Abrió dos ojos redondos y enormes como de pajarraco nocturno. Pareció que le flaqueaban las piernas. La sorpresa le hizo palidecer y el cigarro se le desprendió de la boca. Con mano trémula entregó lo que se le pedía, sin rechistar. Y aprovechando el primer descuido echó a correr con insospechada ligereza.

Nadie había presenciado la escena.

Con su cartera, temerariamente rescatada, en la mano, Baldomero se encaminó a su hogar. Satisfecho de sí mismo. Necesitaba comunicar a alguien su hazaña, pero ni siquiera encontró al sereno en toda la calle. Muy emocionado, el corazón le palpitaba con fuerza, como aplaudiendo su heroicidad. Era todo un hombre.

¡Cuál no sería su asombro cuando al penetrar en su cuarto, pensando en despertar a sus familiares para referirles el suceso, descubrió su propia cartera auténtica, olvidada sobre el mármol de la mesita de noche! Mirábale con irónica expresión. Baldomero se estremeció, asustado. ¿Qué signifi-

caba aquella otra cartera que contemplaba atónito entre sus manos trémulas? ¡Dios santo! ¿Qué había hecho? Trastornado por sus excesivas aprensiones acababa de desvalijar a un inofensivo transeúnte. ¿Y cómo remediar el daño causado?

Con creciente angustia registró la cartera robada: un billete de cincuenta pesetas, una foto de mujer, veintidós tarjetas de visita y ningún indicio sobre la personalidad de su propietario. En toda la noche no pudo pegar los ojos. No conseguía apartar de su imaginación la intensa palidez del atracado y su gesto de aterrada súplica. ¡Caray, no le faltaba motivo!

Apenas se levantó, a la mañana siguiente, lo primero que hizo fué escribir un suelto detallando el involuntario y original atraco y lamentando sus consecuencias. Lo envió a las redacciones de los periódicos. Dos días después se publicó, coincidiendo con la festividad de los Santos Inocentes. El público debió tomarlo a broma. Lo más extraño fué que nadie se presentó a reclamar la cartera. ¿No habría muerto del susto aquél supuesto atracador atracado? 

